

**desde la
literatura**

Nueva York- Hawai*

Carmen Boullosa

Vine a Hawaii a escribir la historia de *María la bailaora* y a dar a luz. He terminado con los dos asuntos. Al llegar aquí creí que escribir me iba a ser imposible. Mi embarazo me era desconcertante —pido disculpas por el impreciso adjetivo— y si a eso se suma la novedad del sitio —casa, comida, hábitos, entorno, ocasionales y obligadas compañías—, se comprenderá por qué temí que pasaría los meses leyendo a Dashiell Hammet y a Simenon, cuando no caminando en la playa o viendo películas viejas en la t.v., entregada a nueve meses de evasión para sortear y salir airoso de la no muy fácil experiencia. Lo cierto es que en cuanto mi vida hawaiana se convirtió en rutina —¡oh divino tesoro, la rutina!, ¡para un novelista eres manjar supremo!—, pude pegarme al teclado y narrar de un hilo, sin detenerme. Mi novela, *María la bailaora*, marchó sobre ruedas; escribí a buen ritmo, cumplí con lo que había imaginado, las piezas iban cayendo al dedillo, los párrafos crecían, las páginas aumentaban, lo que yo había imaginado aterrizaba sin necesidad de forzar tuercas. Desde que llegué a Hawaii tenía ya tramado hasta en el último detalle un esqueleto que no alteré. Lo fui siguiendo con disciplina, y también con enorme placer. En cuanto al embarazo, también aprendí a disfrutarlo, pero esto lo dejo para después. Lo difícil fueron las primeras nueve, porque apenas pasé las diez primeras páginas de mi novela, las situaciones cobraron su propia mecánica, enriqueciendo con su voluntad mi historia, llenándose de pasajes que no imaginé, que se encontraron a sí mismos, que

* Presentamos aquí un fragmento del “Apéndice y muy otra novela”, inédito, de *La otra mano de Lepanto* (2005), donde Boullosa nos revela la identidad de la autora de esta novela, mujer que ha cruzado múltiples fronteras, geográficas, amorosas, familiares, y que está por emprender otros cruces: entre Nueva York y Hawai, entre la esterilidad y el dar a luz, y entre la maternidad biológica, y la sustituta y comercial.

demandaron entrar, sabiéndose los legítimos propietarios del territorio. Lo eran, y yo nada más un albañil que obedecía sus órdenes. En este sentido, escribir ésta fue exactamente como escribir todas las que he escrito; la pluma corría sin que nadie la gobernara, impulsada por su propia voluntad, obedeciendo a dictados de los que yo no era sino la disciplinada obediente. Pero la voluntad era muy distinta, y el sentido por el que la pluma corría a solas era muy otro. En este momento, me dispongo a otra cosa. Escribo porque voy a hablar de mí. No habrá ninguna pluma interponiéndose entre yo y lo que escribo. Voy a confesarme, a sacar mis trapos para ponderar y tomar una decisión que concierne a la carne de mi carne.

Recapitulo. Tengo corazón de piedra. Estoy haciendo lo que meses atrás yo decidí que era lo correcto, lo que me permitiría limpiar, corregir, avanzar, deshacerme *por fin* del fantasma que me ha perseguido durante toda mi vida adulta exigiéndome que cumpla con vengarlo, lo que me haría crecer, sobreponerme a mis demonios, exorcizarlos, romperlos, destruir lo que me ha corroído por dos décadas y un pelito, privándome de abastecer mis propias necesidades, obligándome a abocarme a su servicio. ¿Cuántos años he pasado huyendo, dándome a la fuga apresurada, intentando salvar el pellejo, *gastándolo* creyendo *salvarlo*? Tendré corazón de piedra, seré una desalmada, serán con razón mis remordimientos: también soy la que vive con el agua al cuello, la sobreviviente, la que huye, la perseguida, la que otros crearon para conseguir su venganza, la hacedora de los deseos ajenos, la músculo de una voluntad ajena. Por esto no tengo corazón sino zozobra, y he naufragado sin topar con el piso del hundimiento. Dije “pensé”, pero yo no pienso, yo decido con la cabeza, lo que es muy distinto. Como una mula atrabancada sigo a mi testa por el único motivo de que es ella lo que va por delante del resto del cuerpo; elijo algo imaginario con ella, y ¡hétete ahí a toda mi persona, corriendo como una burra necia tras la zanahoria!, ¡ya llegó la de joderse! Mi elección “racional” es pura materia evanescente, mera imaginación, su aspecto mejora porque el vaho de las premuras lo hace aparecer a mis ojos lo más plausible y correcto, ¡y a la carga!, me echo como un bulto imbécil atrás de eso que parece un pensamiento y que no es sino una magnánima burrada.

Camino entonces como los animales: con la cabeza por delante. No soy un homo-sapiens, un ser vivo erecto. Adelante va mi cabeza, y atrás va, como el del asno, el resto del cuerpo. Como el asno, el pez, el caballo, el buey, el gato, la serpiente, el cocodrilo, el rinoceronte. Aunque este último tiene

una mejora que comparte con el unicornio: mil veces mejor llevar al frente un artefacto, que esa bola siempre echa bolas que llamamos cerebro.

Como suele ocurrir, con la última del estribo y de la que aquí hablaré, resulta que yo soy mi propia víctima, y conmigo la carne de mi carne comienza una historia que escapará por completo a mi gobierno testarudo y al de los que me gobiernan, dejando nuestro signo atrás, nuestra fatalidad de lado, nuestro destino hecho polvareda: “¡merecido!, ¡te lo mereces, Margarita, te mereces lo peor de lo peor!, ¡lo peor de todo para la peor de todas!”. Me digo.

¿Recapitulo? Todo comenzó cuando ya había yo llegado, cuando yo ya había recapitulado, cuando en mi vida todo había vuelto a comenzar. Fue hace poco menos de año y medio, en la ciudad donde vivo, Nueva York. Debían de ser las diez de la noche, un día de principios de noviembre del año uno. Estábamos en el departamento de Stephan, mi entonces prometido, un estudio en el que apenas cabía su cama y una mesa. Habíamos rentado *La mosca*, él eligió la película, la versión de Cronenberg. La noche anterior habíamos salido a cenar, a celebrar que había yo terminado un libro, una más de mis novelas rosas, y ese día no teníamos ninguno de los dos energías de más que de ver en casa una peli.

Cualquiera que nos viera hubiera podido decir que éramos dichosos. Teníamos ocho meses juntos, nos habíamos enamorado casi a primera vista, y desde el primer día hasta el que cuento no había pasado una sombra entre nosotros. Estábamos donde pasábamos buena parte del tiempo, en la cama de Stephan, tirados, relajados después de haber hecho otra vez —siempre distinto, siempre muy placenteramente— el amor.

Ahora que lo pienso, era extraño que nos quedáramos mucho más a menudo en su casa que en la mía. Mi departamento era considerablemente más grande que el de él, mucho más cómodo, con una amplia cocina siempre bien abastecida, pero imagino que la elección se debía a mi satisfacción de poder quedarme en la cama del hombre que era *libre, totalmente libre* para mí, completo completito completitito para *moi-même*. Porque antes de Stephan, todos y cada uno de mis novios, amigos amorosos o prometedores de promesas incumplibles, eran casados. Si no casados literalmente, todos habían sido objetos de amor-imposible, hombres de uno u otro modo inaccesibles, bien previamente comprometidos y atados a otra, bien incapaces de ofrecer una entrega, de corazón baldado, mutilado, atrofiado o —¡los hubo!— de corazón francamente inexistente. Valga, hasta un novio jesuita tuve. Pasé por todo, desde el drogadicto pegado a su adicción, hasta el impotente sen-

timental, el atado a una mujer por dinero, el por los hijos, el quién sabe por qué, el don Juan (¡claro, claro, un inevitable!), el conquistador compulsivo, etcétera. La razón de esto vendrá adelante.

En la misma pantalla que ahora contemplábamos, habíamos vivido juntos la caída de las Torres Gemelas. Bueno, casi juntos. El once de septiembre, como casi todos los días, Stephan se había levantado antes que yo, y con el termo recién lleno de café se había sentado a leer en la azotea del edificio. Ahí vio el humo en la primera torre, el avión avanzar a la segunda y estrellarse. Aterrorizado bajó por mí, creyendo que seguirían otros edificios, que “¡es el final!”, gritaba. Encendimos el televisor y nos quedamos clavados a su cama en lugar de mirar con nuestros propios ojos cómo las dos torres se desplomaban, una tras la otra, exactamente como si las hubieran reventado detonantes o explosivos. Ni dejamos su estudio, ni apagamos el televisor en tres días, porque Stephan seguía aterrorizado, no dejaba de creer que a estos dos aviones seguirían otros dirigidos contra el Empire State, el edificio Chrysler, los de Trump y un largo etcétera. Como si de algo nos pudiéramos proteger, no dejábamos su casa para ir ni a la esquina. Ordenamos comida por teléfono, hacíamos furiosos el amor, vueltos noches todos los días, las persianas negras de sus dos ventanales hasta abajo y bien cerradas, iluminados por el resplandor helado y parpadeante que repetía el ataque tantas veces como nosotros el ritual en que estábamos empeñados.

Si entonces hubiera seguido con mi enamorado anterior, habría pasado esos días sola. Él se hubiera encerrado con la mujer, escribiendo noche y día artículos histéricos, mientras peleaba conmigo por correo electrónico. Yo me habría deprimido, culpándolo de todas mis miserias. Pero no fue así. Estaba yo con Stephan, compartiendo el pánico y la preocupación, haciéndonos invulnerables a punta de caricias, escapando juntos. Era mi primer romance en años con un hombre para mí. De adolescente había tenido novios de mi edad, pero ninguna de estas historias habra sido lo suficientemente seria como para realmente moverme el piso. Me enamoriscaba, la infatuación pasaba en unas semanas, y comenzaba a soñar con otro. Mi primer gran amor fue un hombre casado, veinte años mayor que yo, profesor mío en el primer semestre de la universidad privada donde estudié literatura hispánica. Escogí para objeto de mi adoración al que encontré más brillante. No todas las alumnas pensábamos igual, había las astutas que veían en él su insatisfacción conyugal y su desesperación por encontrar una presa. Yo lo fui y de sobra. Lo idolatré, y él se divirtió conmigo hasta que dejé de ser un buen divertimento y cambió de presa.

El último de “los intocables” con el que yo me había enredado, el anterior a Stephan, tenía muy pocos años más que yo. Su mujer lo rebasaba por siete. Lo adoré, tanto como sospecho lo adoraba ella. Él se dejaba amar. Yo repetí con él el infierno de todas mis relaciones. Mi vida estaba dinamitada por su matrimonio. Cada semana me prometía que iba a dejarla, pero noche tras noche dormía en su casta cama conyugal, cada sábado cenaba puntualmente con ella en algún buen restaurante, las fiestas eran celosamente para ella, y sus vacaciones y reuniones con amigos eran inalterables, siempre acompañado de ella. Lo demás era *toooooo* para mí. No tenía hijos, era como yo, escritor, pasábamos buena parte de los días juntos, contentos y enamorados, hasta que un día recapitulé, me hice de un corazón de piedra, marqué un definitivo “hasta aquí” y no lo volví a ver más. Decidí (o llegué a esta decisión asfixiada por mi zozobra, auxiliada, salvada del naufragio por una larga terapia con mi querida psicoanalista, Toni), decidí, decía, que tenía que atreverme a tener un amor que no fuera “un intocable”, no un casado o lisiado sentimental, alguien que quisiera y pudiera fundarse conmigo, hacer vida en común, y me apliqué a buscar un quién, diciéndome a mí misma que el círculo vicioso de mis relaciones tenía que terminar antes de que me devorara del todo la tristeza. Fue con esta decisión (el corazón bien frío y la cabeza necia) que comencé mi relación con Stephan. Más que enamorada estaba decidida a poder hacer una pareja completa.

Stephan, la verdad, era impecable. Se había divorciado hacía cuatro años. Tenía la mejor voluntad para construir un mundo conmigo (o con quien fuera, pero me tocó ser la elegida), una hija ya adulta, era poeta y para ganarse la vida profesor universitario, muy bien pagado y con espléndidas condiciones, porque enseñaba un semestre de cada año. Mi primer magnífica elección, a la que no habría llegado sin los cuatro años y medio de doloroso psicoanálisis, un verdadero oasis en mis décadas de vida sentimental miserable, atrapada por el fantasma de mi padre, muerto por el rayo del escándalo del notorio romance de mamá con un ridículo y mediocre cantante de ópera que tenía la única virtud de ser el hermano menor de mi papá, un cretino al que no me cuesta nada imaginar vertiendo ponzoña en el oído del primogénito para robarle la casa con mujer incluida, cambiándole la siesta por un sueño eterno.

Porque papá murió mientras dormía en su estudio. Dio la mala suerte de que fui yo quien lo encontrara, justo cuando entraba yo a contarle, escandalizada, que acababa de ver al tío Manuel y a mamá besuqueándose en el cuarto de la tele. Se lo dije sin saber que estaba muerto. Se lo repetí cuando vi

que no se levantaba de su *reposit*, cuando advertí que no daba ninguna señal. Me le acerqué, pensando que dormiría con los ojos abiertos, y lo zarandé, porque estaba alterada, asustada, tal vez furiosa; lo necesitaba para navegar en mis muy difíciles sentimientos. Le toqué las rodillas, y al hacerlo se le fue de lado la cabeza. Creí verle algo anormal en la oreja. Pero en realidad no había nada más anormal que una oreja, una oreja que me miraba desde donde un bulto no podía verme más. Una oreja que miraba tanto como hubieran podido verme sus ojos, ciega tanto como ellos, los ojos del muerto. Lo zarandé otra vez, pero todo fue inútil, no respondía, no reaccionaba, estaba yerto, y grité pidiendo auxilio. Corrieron respondiendo a mis gritos las dos muchachas del servicio doméstico y tras ellas mamá, con la cara encendida. Dos pasos atrás de ella, el estúpido benjamín bueno-para-nada que no fuera beber de más, carcajearse y cantar con ridícula voz de bajo en las sobremesas de las comidas familiares.

Si el tío Manuel no había envenenado a papá, sí que vertió quién sabe qué sustancia maléfica en mi persona dejándome incapacitada para toda relación madura y entre pares. Según yo, según mi conciencia adolescente (arribé a este diagnóstico luego de años de diván, lo repito), mamá había matado al que la amaba, y éste, mi papá, me pedía a mí vengarla, dejándome favorecer por hombres que, como él lo estuvo en vida, tuvieran el corazón ocupado en otra mujer. Ella lo había abandonado y él había muerto. Yo lo recreaba en todas mis historias de amor, dándole vida, y la que moría era yo vez tras vez para salvarlo, regresándolo a mi madre. Lo regresaba vivo y yo también me salvaba, no me exponía, estaba siempre afuera del círculo, en pie de fuga.

Hasta que llegué a Stephan. Éramos felices y yo me sentía salvada ya por completo de mi habitual debacle. Los días que siguieron al once de septiembre nos habían ligado con una dulzura algo equívoca. Sí, yo estaba ya a salvo de mis demonios, pero la relación con Stephan tenía la calidad de una tabla en medio del naufragio. La tormenta no amainaba, los dos nos asíamos el uno a los brazos del otro para evitar ser devorados por el remolino. Lo cierto era que el golpe y la amenaza seguían ahí, y ahora no eran un asunto personal sino un convencimiento colectivo. Cada gesto de la ciudad parecía el signo de alguna catástrofe, todos y cada uno, desde el más rutinario e insignificante hasta el inesperado que articulara la violencia: los polos se mezclaban y confundían. En los anuncios voceados en cada estación del *subway*, no sólo era yo la que temía oír advertencias de peligros insalvables, no sólo mi corazón era el que daba un brinco. Desde la ventana de casa, las fumarolas que los rascacielos arrojan al cielo, meneándose en el mismo bai-

loteo que las banderas súbitamente sacadas a orear a los portaestandantes de las fachadas en las avenidas, eran la manifestación de algo terrible, y no sólo para mí. Una mañana decidí tomar el bus y no el *subway* para desplazarme. En la parada, una mujer me preguntó, señalando al cielo: “¿pasa algo ahí?”. Señalaba una de estas fumarolas. La tranquilicé: “no, es vapor saliendo de un edificio, cosa de todos los días”. El mundo se nos convulsionaba. La primera vez que nos atrevimos Stephan y yo a ir al cine, la mala suerte nos desalojó por alerta de bomba. Si no hubieran caído las Torres Gemelas y si no hubiéramos vivido en Nueva York, y por lo tanto no hubiéramos estado acostumbrados, como todos los neoyorkinos, a sentir que la ciudad es parte de nuestra casa —porque ahí las calles, las áreas públicas son el living, el hall, los pasillos, literalmente hacemos de la villa nuestro hogar—, no habríamos vivido las semanas siguientes al ataque como si hubieran puesto una bomba en las espaldas de la nevera de nuestra cocina, en la pared que da a la sala, y no habríamos tenido la certeza de que el estallido que ocurrió en nuestras narices podía volver a repetirse, ahora sobre el sofá. ¿Fue para hacer distancia que lo mirábamos en el televisor, una y otra vez, lo veíamos queriendo de algún modo controlar, domesticar la amenaza? Si fue así, sirvió para maldita la cosa.

Yo no sé si sin Stephan las cosas me habrían sabido mejor o mucho peor. El sentido común apunta a lo segundo. De lo que no me cabe duda, es de que el signo de estos tiempos nos envenenó. Cuando yo creía estar ya a salvo de mi condición de náufraga, ¡cataplún!, me veía de nuevo como una sobreviviente en medio de las aguas revueltas, agarrándome con las manos crispadas a un bloque de corcho, tratando de dilatar el fatal desenlace.

Esa noche de noviembre, como decía, estábamos viendo *La mosca* de Cronenberg. Stephan verdaderamente amaba la película, un gusto raro en su persona, más dado a los refinamientos intelectuales. Estaba, como cuando vimos en su pantalla *Memento*, por ejemplo, perdido de dicha, hecho un niño, disfrutando, pero en *Memento* su reacción me parecía normal, comprensible. *La mosca*, lo acepto, es espléndida, pero no resiste la mirada interpretativa del que ha pasado por psicoanálisis. La fascinación con que Stephan la miraba me arrancó a diseccionarla en voz alta.

—No puede ser más claro —le dije— lo que le pasa a Seth. Tan claro como el agua.

—¿Qué le va a pasar? Que está volviéndose mosca, ¿qué más?

—No seas cretino. Digo que es claro como el agua por qué el hombre se vuelve mosca.

—Porque en la teletransportadora había una mosca.

—No, no seas idiota, digo el verdadero porqué.

En la pantalla el muy joven Jeff Goldblum pasaba por algo parecido a un ataque de ansiedad, del que no estaba yo tampoco muy lejana, pero ni que yo llamara a Stephan “estúpido” o “cretino” lo había alterado a él en lo más mínimo, no podía capturar su atención. Comentó sin despegar los ojos de la pantalla:

—¿Sabes que se hizo millonario con *Jurassic Park*? No sé números o pormenores, pero pidió en lugar de paga un porcentaje de las entradas de la película...

Estábamos desnudos. Habíamos hecho el amor, Stephan había bajado las persianas y para fumar había abierto sólo unos pocos centímetros la ventana.

—Ya sabes que nunca sé ni pío de esos chismes.

—Estaban casados cuando la filmaron.

—¿Quiénes?

—¿Cómo que quiénes? Geena Davis y Jeff Goldblum.

—¡Muy interesante! —le contesté con el tono más sarcástico que pude—. Es una peli fóbica, ¿no ves? Lo que Seth no resiste es tener una mujer y que ella le responda.

—Es absurda tu teoría. Ya. Él la buscó, no ella a él...

—Sí, Seth la persigue como un don Juan en el coctel, quiere conquistarla, pero nomás la tiene en su coche y ya se está vomitando, por no decir lo que pasa después, cuando ella deja al otro, al tercero del triángulo, el que ayuda a Seth a protegerse de ella... ¡Se vomita, pero a sí mismo! ¡No la soporta! La desea, pero no la puede tolerar en su vida. Porque la deseada está con él, Seth se vuelve mosca.

—¡Come on!

Ignoré su “no chingues” y como si me hubiera dado banderazo la expresión en que me manifestaba su enfado, arremetí:

—Mira: —le quité el control de la mano y eché la cinta en reversa—, aquí la está acosando en el coctel; lo que a él le atiza el deseo, es saber que ella no le va a hacer caso. Mira, ¿no ves?, ella no le tira un lazo, y eso lo pone loco, eso la hace atractiva. Ahora ¡mira! —presioné el botón del control para que la cinta hiciera un fast-forward—, fíjate, en el coche, cuando por un instante cree que ella puede responderle, porque ya aceptó visitar su estudio, Seth se marea, se siente *mal*. Luego, ¡mira!, ya en su casa lo vuelve a excitar el aparente rechazo de ella. Ahí es donde él le enseña su poder: ha creado un

teletransportador, un invento con el que rompe, en palabras de Seth, “*borders and frontiers, time and space*”, límites y fronteras, el tiempo y el espacio, ¿hay mejor metáfora para el amor? Por lo que ha dicho Seth, y por lo que acostumbra la tradición (hacer el amor es “transportarse, romper límites y fronteras, deshacer el tiempo y el espacio”), es una metáfora impecable. De inmediato explicará Seth qué tipo de “amante” es él al describir qué problema tiene su teletransportador: sólo puede desplazar objetos *inanimados*. Seth es el genio de la teletransportación, excepto por ese detallito, ¿no hay mejor metáfora para el seductor, el don Juan? Con su deseo cosifica. Usa a las personas como cosas para satisfacer su propio apetito, sin reparar en la demanda del ajeno.

Yo hablaba lo más rápido que podía con mi de por sí rápida habla. Iba como una bala.

—Mira, “*Something important is missing!*”, le dice ahí a la Verónica, pero de inmediato le zampa la eterna promesa de que cambiará: “*Wait till I can transport myself*”.

—Y mira, aquí él está que se derrite por ella, su atracción por Verónica se afianza, se consolida en el momento en que Seth sabe que hay un triángulo, que hay *otro* en la vida de Verónica. Tal vez lo supo desde el principio, no sé. Pero ahora *lo sabe*. Verónica es la mujer del editor de La Revista (whatever it's name), o por lo menos así lo sigue creyendo su ex jefe, que la visita en casa cuando ella está ausente. Y como es la mujer de otro, Seth puede flirtear con ella todo lo que quiera, puede teletransportarla (lo que teletransportó fue su media, viste, no había a la mano detalle más erótico) porque es una cosa, un objeto de deseo que no cobrará vida porque no será su otro, su par, su pareja, una persona con sus propias demandas.

Respiré hondo, haciendo una pausa en mi larga perorata.

—¡Bull shit!— bramó Stephan, pero yo lo ignoré y seguí con mi filípica:

—Pero la Verónica se enamora seriamente de Seth, de sus talentos amorios, y ha también conseguido enamorar a Seth. La verdadera teletransportación está por ocurrir. Como Seth no soporta el encuentro con el otro, la no-cosa, la animada, la con alma, la completa, como no tolera a la Verónica entregada a él y a su propia persona volcada hacia la Verónica, se vuelve un monstruo, un mitad mosca, exactamente como les ocurre a muchos en la vida conyugal.

Presioné el botón de play, deteniendo la carrera de la cinta, y volteé triunfal a ver a Stephan. El hombre estaba furibundo. Comenzó a gritarme como un energúmeno:

—¡Eres insoportable! ¿Por qué no me dejas disfrutar de la película? ¿Qué te quita mi placer?, ¿por qué me haces esto?, ¿qué mierdas ganas con arruinarme la noche? ¡Eres una bulldozer, eso es lo que eres, no puedes resistir embestir, todo es para ti una presa apetecible!... ¡No te importa nada más que tu persona, no pides nada sino admiradores!

Manoteaba y daba patadas en el aire, completamente fuera de sí. Los primeros segundos de su ataque de ira los contemplé con serena distancia. Soporté el golpe bulldozer sin inmutarme. Pero de pronto se me encendió la sangre, y de qué manera. Perdí los estribos. Ni sé qué le grité. ¿Qué le habré dicho? No tengo ni idea qué escapó de mi boca, no sé si en ese momento lo supe, o si las palabras fueron como baba de molusco, una excrecencia inconsciente que echaba sin quererlo mi persona. Lo que haya sido, operó en Stephan lo que la presencia de la mosca en el transportador hizo a Seth. Las palomitas que habíamos hecho en el microondas volaron hacia todas partes. Stephan arrancó las sábanas de la cama, lanzándome fuera de ella. Estaba convertido en un verdadero monstruo, completito y de pe a pa, qué mosca ni qué ocho cuartos, era un energúmeno. Nunca lo había visto así, y yo no sé si él se había visto a sí mismo así algún día antes. Parecía capaz de estrangularme. Alzó la mano y me intentó golpear en la cara, pero esquivé su palma con la cabeza fría. Me rozaron sus dedos, ardiendo.

El estudio es diminuto, así que me precipité sobre el baño, pero Stephan detuvo la puerta cuando iba yo a cerrarla. Jaloneando me di cuenta de que él iba a vencer, y de que adentro del baño no iba a tener cómo defenderme. Solté la puerta y me agaché, escapando no sé cómo entre las piernas del basilisco.

Me lo había dicho Stephan: “I’ve problems on anger management”, y yo hasta verlo entendí, peor que San Pedro.

Sobre mi ira se había impuesto el miedo. Del respaldo de su silla de trabajo, agarré al vuelo mi vestido y el saco de cuero, y sin ponerme ninguna de estas prendas sobre el cuerpo, abrí la puerta del departamento y salí desnuda, pies en polvorosa. Dos pisos abajo, en la escalera, me enfundé el vestido, tiré sobre mi espalda el saco de cuero y seguí corriendo hacia la calle, descalza.

Llegué a la planta baja, ahora más atemorizada, pero ya sin furia. Palpé adentro del bolsillo del saco de cuero y sentí mi cartera. Podía volver a casa. Mis llaves se habían quedado arriba en mi bolsa, pero con la cartera me bastaba, me abriría el portero. Los gritos de Stephan se escuchaban como si estuviera arrojándomelos al oído. Cerré atrás de mí la puerta del edificio. El

aire fresco atizó de nueva cuenta mi cólera. Sentí frío en los pies y pensé “me va a dar gripa”. Es una convicción de las mexicanas. Puede uno tener fría la cabeza, las manos, la espalda, el pecho, pero los pies jamás. O da gripa, o sistitis, y esto en el mejor de los casos. No sé por qué, pero eso se dice. El temor a los pies fríos me volvió a enfriar el ánimo. El GAP de la esquina estaba ya cerrado. Crucé al otro lado de la calle y entré a la farmacia Rite Aid. En el mostrador de medias, elegí un par de calcetines blancos, los pagué y salí, pero me detuve exactamente en la puerta de la tienda. Frente al edificio de Stephan, tirados en la banqueta, estaban los dos zapatos, el brassier blanco—mi brassier favorito, imposible encontrarlo en Nueva York, lo compré en mi último viaje a Florencia— y mis calzones. Las prendas que Stephan había aventado por la ventana lucían iluminadas con toda claridad por el letrero neón de la Luncheonette de la planta baja. La ventana de Stephan estaba abierta de par en par, dejando salir los gritos del energúmeno basilisco que no acallaba el tráfico nocturno.

—¡Excuse me!

Alguien atrás de mí me pedía el paso para salir de la Rite Aid. La visión de mi querido brassier en la banqueta me había atornillado al umbral. Musité una disculpa, girando para detenerle la puerta a quien yo estorbaba, una mujer ya mayor, una *homeless*. Me miró con ojos risueños y pícaros, lo único alegre en un rostro maltratado por la bebida y la pobreza. Cargaba consigo su casa en un carrito de bebé, algunos bultos mugrosos. Traía el cabello sin peinar sujeto en la nuca. Las mejillas coloradas, las facciones hinchadas, parecía un Ribera, un Rembrandt... Pasó frente a mí, dejando atrás de sí un fuerte olor a mugre, sudor y alcohol. No se enfiló a la esquina ni se fijó mayormente si venía algún coche, como un Cristo sobre las aguas cruzó la calle sin que la tocara un coche, recogió mi brassier del piso, se calzó mis recientemente llegados zapatos, y dejó en el piso mis calzones. ¡Un Caravaggio móvil!

Caminé un paso para no estorbar más el paso, y me detuve a ponerme los calcetines. Me vi reflejada en el ventanal de Rite Aid. Mi aspecto era atroz. Metí los brazos en el saco de cuero y lo cerré. Acicalé como pude mi revuelto cabello, estaba en un estado mucho más deplorable que el de la *homeless*. No traía nada que leer, había dejado en la mesita de noche de Stephan mi libro; como bien dijo Stephan “Another Cervantes’ biography?”, “I’m catching up, it’s a new one”, le contesté. Tomé un periódico gratuito del único dispensador que aún tenía ejemplares, y entré al subway. El tren y yo llegamos al mismo tiempo al andén.

El vagón venía casi vacío. Era viernes, la gente venía agotada, los más medio dormían. Recordé con nostalgia el metro de París y sus olores, y las plásticas. Pensé, y no por primera vez, “¿qué hago viviendo aquí, existiendo París, Barcelona, Berlín? Soy una necia”. Y tras el primer “necia” me agregué una retahíla, recordando que me mudé a Nueva York siguiendo a uno de mis novios malditos, para maldita la cosa, que apenas llegué el hombre me dejó por otra, y el siguiente que pesqué ya venía atado a la suya, para ser reemplazado con otro que también traía la pertinente, etcétera. Etcétera.

En la banca del frente, una loca gritaba, fingiendo leer procacidades de las páginas traseras del *Village Voice*. Salí de tren en la siguiente estación para cambiarme al express, que llegó casi pisando los talones del anterior. Éste no estaba tan vacío. Sólo un grupo de varones hispanos en una esquina hablaba sin parar, cruzando acentos de distintos países. Uno de ellos parecía ecuatoriano, el cubano y el colombiano no me despegaban la vista de encima, sin darse cuenta de que en lugar de zapatos yo traía un par de calcetines. Me veían sin ver, sus ojos literalmente adheridos a mis pechos y mis nalgas. Me senté y abrí el periódico. *New York Resident, Manhattan's largest local News Magazine*. ¿Qué mierda había yo recogido? Hubiera querido haber tomado el *Voice*. Sin mirar la portada, me dispuse a hojear al azar de atrás para adelante, en la sección de anuncios clasificados. De reojo miré hacia los hispanos. Ya sentada, me había vuelto invisible para ellos. Reían sin parar, no sé de qué. Eran un grupo de cinco, todos muy jóvenes, de diferentes países, realizando de manera grotesca el sueño bolivariano. En Nueva York más que de vez en vez, toda Latinoamérica es una sola nación, convive mezclándose, sin reparar en sus respectivas diferencias; sólo nosotros los poblanos jalamos más aparte. “Vacations rentals. Apartment and Villa rentals in Italy, France and Portugal. Complete online catalog.” Jamás, no cuenten conmigo. ¿Qué haría yo sola, en un pueblejo de mierda, perdiendo el tiempo en vaciar y hacer maletas? “Depressed?” Este anuncio me interesó más. “Sad, Down, Blue, Tearful?” ¿Para qué mayúsculas después de cada coma? Sí yo estaba triste, totalmente alicaída, azul como una ojera de mujer y tenía ganas de llorar a lo bestia. “No energy. Loosing interest in things... Trouble sleeping or eating, Hopeless?” Bueno, hasta aquí; ya no leí más del solemne lleno de mayúsculas, yo no iría con la Dr. Sarai Batchelder a la Unidad de desórdenes del comportamiento del Hospital Roosevelt (Mood disorders Research Unit). Un poco a la derecha, en grandes letras leí:

\$250,000

9 months.

“Mi cliente pagará a la mujer apropiada (17-31, todos los tipos posibles) para que tenga su bebé (quirúrgicamente). La solicitante elegida recibirá \$15,000 en efectivo por estipendio mensual y vivirá en una mansión de 9 habitaciones frente a la playa en Hawai. Sólo consultas serias al

212-591-12-17

Mr. James Deal. Abogado.

Recorté con las manos el anuncio y cerré el periódico justo cuando el tren express hizo su primera parada. Las puertas del vagón se abrieron. Entró llorando una niña de algo más de un año de edad; aullaba desolada en los brazos de un robusto hombre blanco, arete en el lóbulo, tatuaje en los antebrazos.[...] Dejé el periódico en el asiento y bajé.

Esperé en el andén a que el tren desapareciera en su túnel. Saqué un *quarter* del monedero y marqué el número del anuncio. Una voz con marcado acento extranjero contestó. “Hi. Se ha comunicado al teléfono de James Deal, Esquire —¿indio?, ¿oriental?, ¿hawaiano?—. Grabe con claridad su nombre, número de teléfono donde pueda localizarla y su dirección para hacerle llegar el formulario de la solicitud”. Así hice, añadiendo un número de fax y mi dirección electrónica. Repetí mi seudónimo dos veces y lo deletreé para que no quedara lugar a dudas. Llegando a casa, antes de hacer ninguna otra cosa, corrí hacia el teléfono de mi estudio. Miré con el rabillo del ojo mi nueva novela, impresa y limpia sobre mi escritorio, pero ni me le acerqué. Tomé el teléfono, repetí la llamada que había hecho en el andén, pensando que tendrían identificador, y dije con la mejor de mis voces y el más claro de mis acentos: “quiero estar segura de que han recibido mi mensaje, mi nombre es Guadalupe Carranza”. Pensé añadir: “soy la candidata perfecta”, pero me mordí la lengua.

Me quité los asquerosos calcetines y los tiré a la basura cuando vi que en el camino había pisado un chicle. Me dí un delicioso regaderazo, me sequé, me puse mi pijama —satín blanco, shorts y blusilla con delgados tirantes, me la hube en un viaje a las prisas en Victoria’s Secret—, encendí el televisor, abrí mi cama, regresé a mi estudio, me senté un momento frente a mi mesa de trabajo. El mismo rabillo del ojo volvió a caer en mi manuscrito: “Espantoso título”, pensé. En un sobre, recubierto con plástico acolchonado, envuelto en dos hojas de papel bond, sin una sola letra, puse el magnífico anillo de compromiso que Stephan me había regalado hacía dos semanas. Cerré el sobre, lo rotulé con el nombre completo y la dirección de Stephan, en la esquina izquierda manuscribí mi remitente, le piqué un timbre y me eché un

vestido sobre la pijama, enfundé los pies en un par de sandalias y bajé a la calle a depositar el sobre en el buzón que está casi enfrente de la puerta de mi edificio.

Había llegado el momento de comenzar una nueva vida. El azar me acababa de poner en las manos la más perfecta estrategia para vengar a mi padre, para vengarme de mi madre, para perpetrar la venganza que el fantasma de papá me pedía desde su muerte. Mamá ya no iba a poder atormentarme con su petición de nieto. Los dioses me habían puesto en las manos la más refinada, la más cruel, la más perfecta de las venganzas. Ya no escucharía yo las voces del más allá pidiendo “¡venganza!”, ya nadie me perseguiría, ya no viviría yo en fuga, ya no sería yo mi propia enemiga, ya saldaría yo todas las cuentas.

Eso fue lo que me dije entonces, con la cabeza, haciendo eso que se llama *pensando*, y que ya dije que en mi caso es algo así como poner burradas en lugar de huevos. Al día siguiente, a las nueve y quince minutos, me despertó una llamada de la oficina del abogado Deal. Él en persona marcó mi número de teléfono. Tomé la llamada cuando reconocí su acento inconfundible, el que había oído en su grabación. El destino me era favorable. [...] ●